



S. PORFIRIO, O.

diligencia. Por el Eclesiástico nos dice (1): *El justo se levantará al amanecer y ofrecerá su corazón á Dios.* Parece que las oraciones hechas al Señor por la mañana le son siempre mas gratas, y son mas eficaces (2). *Qui manè vigilant ad me,* dice por el Sabio, *invenient me*: Los que velaren y me buscaren al amanecer, indefectiblemente me hallarán. Dios está siempre pronto para asistir á los que le buscan, *manè diluculo,* muy de madrugada, dice David (3). Así lo practicaba el mismo santo monarca: *Interrumpidme, Señor y Dios mio, el sueño al mismo romper el dia, para que medite en vuestras divinas perfecciones* (4). A los primeros albores del dia, dice en otra parte, en el instante me pondré siempre en tu presencia para implorar tu misericordia: *Mane adstabo tibi.* Lo mismo han hecho todos los santos, y esta es la práctica inconcusa, indispensable de todas las comunidades religiosas; por lo que, desde hoy en adelante has de hacer propósito de que tambien lo sea tuya. Levántate todos los dias muy temprano, porque esta diligencia es señal de alma fervorosa. *Vergüenza es,* dice el Sabio, *que el sol al salir nos encuentre profundamente dormidos.*

## DIA VEINTE Y SEIS.

SAN PORFIRIO, OBISPO DE GAZA EN PALESTINA.

Nació san Porfirio en Tesalónica de Macedonia, de familia ilustre y muy opulenta, hácia el año de 353; y como sus padres eran piadosos, cuidaron de criar al niño en gran temor de Dios, imbuyéndole en las máximas de una piedad tierna y sólida. Crecía la virtud al paso de la edad; y evitando cuidadosamente los lazos

(1) Eccl. 39. — (2) Prov. 8. — (3) Psalm. 43. — (4) Psalm. 26.  
2. 29

mas comunes de la juventud, huía de las compañías peligrosas, contribuyendo no poco para conservar la inocencia el grande amor que tenia al retiro, la aplicacion al estudio, y el sumo horror al pecado. A costumbres tan puras y tan inocentes era consiguiente el disgusto, y aun el tedio que le causaron desde luego las cosas del mundo. Dejó á sus padres, patria y parientes á los veinte y cinco años de edad, y se retiró á Egipto, donde enteramente se consagró al servicio de Dios, abrazando la vida religiosa en el famoso monasterio de Scete.

En él se mantuvo cinco años entregado á los rigores de una austerísima vida, despues de los cuales, con licencia de su prelado, fué á visitar los lugares santos de Jerusalem; y concluida esta devocion, se encerró en una gruta no distante del Jordan. La humedad del sitio y la intemperie del aire, le estragaron la salud, llenándole de penosos achaques. Con todo eso se mantuvo otros cinco años en aquella gruta sin minorar el rigor de sus penitencias, hasta que un cirro en el bazo y una calentura continua le obligaron á hacerse llevar á Jerusalem, donde en medio de su debilidad no dejaba de visitar diariamente los santos lugares, apoyado en un humilde báculo. Cierta jóven piadoso, llamado Marcos, que se hizo discipulo suyo y dejó éscrita su vida, se le ofreció á servirle de bracerero para que anduviese con menos trabajo; pero el santo no quiso admitir este alivio, diciendo que desdecia mucho de un pobre pecador que habia venido á aquellos santos lugares á hacer penitencia de sus culpas, y á conseguir el perdon de ellas.

Sola una cosa le afigia; y era el no haber todavía distribuido entre los pobres las grandes riquezas que habia heredado de sus padres. Descubrió á su querido discipulo este cuidado que le molestaba, y le rogó que fuese á Tesalónica, y que vendiendo todos los

bienes, así muebles como raices que le habian tocado, le trajese el dinero que produjese la venta.

Cumplió Marcos fiel y exactamente con su comision; y vuelto á Jerusalem, quedó gustosamente sorprendido viendo á su maestro enteramente libre de los achaques que le tenian debilitado. Preguntóle la causa de aquella agradable novedad, y el santo le respondió, con su ingenuidad y candor acostumbrado: *Hace algunos dias que, sintiéndome extraordinariamente agravado de mis dolores, fui arrastrando como pude, con grande trabajo, hasta el monte calvario, por tener el consuelo de espirar en el mismo sitio donde murió mi Redentor. Allí cai desmayado, y tuve una especie de éxtasis, en que se me representó Jesucristo enclavado en la cruz, que mandaba al buen ladron que me levantase. Hizolo este dándome la mano, y diciéndome fuese á rendir las gracias á mi dulce Salvador, porque ya estaba sano; corri á arrojarme á los piés de Jesucristo, que á este tiempo habia ya bajado de la cruz, y presentándome aquel sagrado instrumento de nuestra redencion, me ordenó que lo guardase. Desapareció la vision, y yo me hallé restituído á mi antigua robustez.*

Repartió Porfirio entre los pobres todo el dinero que Marcos habia traído, sin reservar un ochavo para sí, quedándose él mismo tan sumamente pobre, que se vió precisado á aprender el oficio de curtidor para ganar la comida.

En este humilde ejercicio vivió hasta los cuarenta años de su edad, cuando, noticioso el patriarca de Jerusalem de su grande virtud y singulares talentos, le ordenó de sacerdote, á pesar de la resistencia que hizo su humildad, y le encomendó la custodia de la verdadera cruz en que se obró el misterio de nuestra redencion, con lo que se verificó la vision que habia tenido en el calvario.

La dignidad del sacerdocio añadió nuevo lustre al

resplandor de su virtud, sin que por ella disminuyese el rigor de sus penitencias. Reduciase su comida á pan, legumbres y agua, y no tomaba jamás alimento sino hasta despues de puesto el sol.

La apacibilidad de su genio y su profunda humildad, daban mayor vigor á la eficacia de su celo. Era no menos sabio en la sagrada escritura, que erudito en las letras humanas; y dotado por otra parte de ingenio pronto, perspicaz y claro, siempre que disputaba con los infieles conseguia algun triunfo; de manera, que se habia hecho célebre en toda Palestina el nombre de Porfirio por el gran número de conversiones que habia logrado en ella. Vacó en este tiempo el obispado de Gaza; todos pusieron luego los ojos en nuestro santo, y no valiéndole su resistencia, se vió precisado á obedecer. Asustáronse con esta noticia los gentiles, cuyo número era muy crecido en la ciudad, y no perdonaron diligencia ni artificio para quitarle la vida en el camino, ó para estorbarle la entrada en ella; pero los desarmó con su paciencia, y los convirtió con su virtud. Sucediendo por entonces una grande sequia que agostaba los frutos de la tierra, acudieron los paganos á sus dioses, ofreciéndoles sacrificios para que lloviese: fueron inútiles estas diligencias de la supersticion, hasta que el santo obispo salió en procesion á una ermita extramuros de la ciudad con los pocos cristianos que en ella habia. Entonces se desprendió de repente una lluvia tan copiosa, que, avergonzada y confusa la gente del paganismo, abrieron muchos infieles los ojos á la luz de este milagro, y se convirtieron á la fe. Desde aquel momento creció cada dia el rebaño de Jesucristo.

Irritados los gentiles á vista de tantas maravillas, amenazaban llevarlo todo á fuego y sangre. Maltrataban tanto á los cristianos, que fué preciso recurrir al emperador; y por medio de san Juan Crisóstomo

obtuvo nuestro santo un decreto imperial para que se cerrasen todos los templos de Gaza, y se redujesen los idolos á ceniza.

Ejecutóse el decreto; pero habiéndose puesto mas enfurecidos con esto los pocos gentiles que habian quedado, resolvió Porfirio pasar á Constantinopla en compañía de su metropolitano Juan de Cesaréa, para conseguir del emperador la total demolicion de los templos.

Debióse á la fama de la eminente virtud de nuestro santo, la grata audiencia que lograron los dos prelados, recibiendo la emperatriz con extraordinario agrado, y encargándose ella misma de proteger su pretension con el emperador; pero preocupado este principe de la que se llama razon de estado, fundada en politicos intereses, y temiendo alguna sedicion si apuraba demasiado á los paganos, consintió si en que fuesen privados de todo cargo y oficio honorifico en la república, y en que se les prohibiese el ejercicio público de su religion, confirmando el primer decreto de que se cerrasen los templos; pero no le pudieron sacar órden para que se demoliesen.

Consoló la emperatriz á los dos santos obispos, diciéndoles que no se desanimasen ni desconfiasen, que ella tomaba de su cargo el buen éxito de aquel piadoso negocio. Reconocido san Porfirio á este singular favor, dándola gracias por él, la prometió en nombre del Señor, que, en premio del gran servicio que hacia á la Iglesia, su divina Majestad la daria un hijo, que habia de suceder en el imperio á su padre. El suceso verificó presto la profecía, porque la emperatriz, que hasta entonces siempre habia parido hijas, dió á luz un hermoso principe, con tanto gozo suyo, que mandó formar un memorial que contenia la pretension del santo obispo, previniéndole que luego que se acabase la ceremonia del bautismo, presentase

el memorial al señor que llevaba al príncipe en los brazos, á quien ya tenia instruido en lo que habia de ejecutar. Hizose así, recibió el memorial aquel caballero, abrióle, hizo señal de silencio, y leyó algunas palabras; volvióle á cerrar, aplicóle á la tierna boca del infante para que le besase, metiósele en el pechito, y dijo en alta voz: *Señores, su majestad ordena que este memorial sea registrado, y que se ejecute á la letra su contenido.* Sonrióse el emperador al ver el inocente artificio, y dijo que no podía oponerse á la primera cosa que el príncipe su hijo habia concedido. La mañana siguiente mandó llamar la emperatriz á los dos obispos, y haciéndoles entregar los despachos correspondientes en la misma conformidad que los habian deseado, encargó la ejecucion á un oficial llamado Cinego, hombre de gran virtud y muy celoso por la Religion, entregándole al mismo tiempo ricos presentes y cuantiosas limosnas, para que los pusiese en manos de san Porfirio.

Embarcáronse los dos prelados, y nuestro santo sosegó con sus oraciones una furiosa tempestad en que estuvieron para perecer, con cuyo milagro abjuró el arrianismo y se convirtió á la fe católica el piloto de la embarcacion.

Cuando se iba acercando á Gaza, le salieron á recibir procesionalmente los cristianos, cantando himnos con cruz levantada, á cuya vista cayó en el suelo una estatua de mármol que representaba á la diosa Vénus, y estaba en el camino, la que cogiendo debajo á dos gentiles que se estaban burlando de los fieles, los dejó estrellados; milagro que atemorizó á todos los paganos, y convirtió á muchos. Al instante se puso en ejecucion el decreto del emperador: fueron demolidos todos los templos, y hechas pedazos ó quemadas las estatuas de los ídolos; lo que no se ejecutó solamente en la ciudad de Gaza, sino en todo el con-

torno, edificándose despues una magnífica iglesia en forma de cruz, á la que se dió el nombre de *Basilica Eudoxiana*, en atencion á su imperial fundadora.

Empleóse despues el santo obispo Porfirio con infatigable celo en reformar las costumbres de los cristianos, y en convertir á los gentiles; pero sobre todo declaró perpetua guerra á los herejes, especialmente á los maniquéos, que habian intentado infeccionar su rebaño; y una atrevida mujer de esta misma secta que tuvo osadía para disputar con el santo, quedó muerta repentinamente.

Habiéndose juntado el pueblo en un dia solemne para celebrar una procesion, tres niños cayeron dentro de un pozo: púsose en oracion san Porfirio. Bajaron á sacarlos, y los hallaron á todos tres sentaditos en una piedra, sin haber padecido daño alguno. Estos continuados prodigios, juntos á la pureza de sus costumbres, á la austeridad de su vida, á los trabajos de su celo, y aquella dulcísima afabilidad que le ganaba los corazones, encendieron en fervor los de los fieles, y disiparon las tinieblas del gentilismo de toda la ciudad de Gaza.

En fin, extenuado san Porfirio con las penitencias, rendido al peso de los trabajos, y consumido con el ardor de su celo, espiró dulcemente en medio de sus ovejas el dia 26 de febrero del año 420, á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte y cuatro y once meses de su pontificado, muriendo con el consuelo de dejar á su amada ciudad casi enteramente cristiana.

## SAN ALEJANDRO, OBISPO DE ALEJANDRÍA.

San Alejandro, uno de los mas célebres obispos de Alejandría, esclarecido ornamento de la Iglesia universal, proclamado con innumerables elogios de los Padres, segun escribe san Atanasio su discipulo, fué un varon magnifico, equitativo, liberal, amable y sumamente caritativo; tan observante del ayuno, que jamás le quebrantó antes de ponerse el sol; con tanta reverencia á las santas escrituras, que siempre las leia en pié, en señal de respeto al Espíritu Santo que nos enseña por aquellos sagrados códigos. Aunque sus admirables virtudes hicieron recomendable su mérito en todo el orbe cristiano, su mayor gloria se funda en haber sido el primer capitan de la milicia de Jesucristo, que, en guerra viva levantó el estandarte contra Arrio, perversísimo heresiarca, batallando con él hasta los últimos alientos.

San Pedro, patriarca de Alejandría, ilustre mártir de Jesucristo, habia recibido entre los individuos de su clero, á este monstruo infernal, que aparentaba á los principios mucha religiosidad. Pero sus criminalidades le hicieron expeler á breve tiempo de la comunión de los fieles; y temiendo entonces las resultas de la excomunion, ó estimulado del remordimiento de su conciencia, solicitó con arrepentimiento aparente volver al gremio de la Iglesia. Encontrando inflexible á san Pedro en concederle la absolucion de la censura, se valió el hereje de Aquila y Alejandro, presbíteros de Alejandría, muy amados del santo, á fin de que intercediesen con él para que le admitiese. Hicieron la súplica á aquel prelado cuando estaba ya en prision por defensa de la fe, en la persecucion que

suscitaron los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia. San Pedro les negó la gracia, hablándoles en estos terminos: « Hermanos míos dilectísimos, tengo entendido que Arrio es muerto para con Dios, y arrojado de su presencia en este siglo y en el futuro. Y para que en ningun tiempo podais censurarme de rigido é inhumano, sabed que estando orando esta noche inmediata, ví á Jesucristo en forma de un niño de doce años, cercado de un resplandor inmenso, con el vestido rasgado en dos partes; y preguntándole, despues de haber vuelto del sobre-salto que me causó aquella vision, qujen era el autor de la laceracion, me respondió que Arrio; previniéndome no le admitiese jamás á la comunión de los santos, y encargándome asimismo que os lo dijese; pues me reveló vendriais hoy á este fin, movidos de sus instancias. »

Muerto san Pedro en la persecucion dicha, en la que consiguió la corona del martirio, le sucedió Aquila en la silla de Alejandría, y olvidándose este de la prevencion hecha por el santo, dejándose engañar, nimiamente fácil, de las fingidas promesas de Arrio, le admitió á la comunión de los fieles, y fió á su cuidado una de las parroquias de Alejandría. Pero habiendo fallecido Aquila á pocos meses de su elevacion, como Alejandro era generalmente amado y venerado de todo el clero y pueblo por su eminente virtud, fué promovido á aquella cátedra por universal consentimiento. Lleno de envidia el presbítero Arrio de una eleccion tan aplaudida, ya que no pudo calumniar la vida inculpable del santo, tomó el partido de oponerse á su doctrina católica, predicando que Jesucristo no era hijo consustancial del Eterno Padre, y pervirtiendo á no pocos fieles con las sofisticas argumentaciones de que se valia para sostener una impiedad tan execrable, la cual apoyaba con las sentencias

de la santa escritura que solo hablan de la naturaleza humana unida hipostáticamente con la divina, y callando las que establecen que esta es *una* en las tres personas de la Santísima Trinidad. Luego que entendió Alejandro tan sacrilega blasfemia, que impugnaba nada menos que el dogma mas sacrosanto que cree y confiesa nuestra santa fe en el inefable misterio de la Encarnación, procuró, como padre primeramente, atraer al hereje al conocimiento de su error por medio de saludables moniciones, consejos y amorosas instrucciones. Pero, viendo frustradas todas sus esperanzas, congregó un concilio de los obispos de la provincia, como patriarca de Egipto, en el que se condenó á Arrio por hereje contumaz con los secuaces de la herejía, privándoles de la comunión de la Iglesia.

Resentido el heresiarca de tan justa providencia, determinó vengarse por cuantos medios le fuesen posibles; y con tan perverso intento pasó á Palestina, donde pervirtió con sus cabilosos artificios á no pocos obispos, especialmente á Eusebio de Nicomedia, que se declaró desde luego protector de la impiedad. Unido este partido enemigo de la fe católica con el de los herejes melecianos, hacian á la Iglesia una guerra mas cruel y sangrienta que la que pudiera padecer por los gentiles. Los melecianos eran ya acérrimos contrarios de Alejandro, con motivo de la conformidad de las doctrinas de este prelado con las de san Pedro, que fué quien separara de la comunión de los cristianos á Melecio, obispo de Licópolis, fautor de la herejía de su nombre. Mas apenas supo Alejandro esta conjuración de los enemigos de Jesucristo, infatigable como siempre en la defensa de los artículos dogmáticos, escribió á los prelados cismáticos de aquella provincia muchas cartas llenas de aquel santo celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, manifestándoles con una erudición vasta la impiedad de

la nueva herejía, desengañándolos al mismo tiempo de las ficciones y artificios de aquel monstruo que vomitó el infierno para rasgar el vestido de Jesucristo y perturbar la paz de la Iglesia. No satisfecho con estos avisos, dió parte del daño ocasionado al sumo pontífice Silvestre, haciendo lo mismo con el emperador Constantino. También imploró el auxilio de todos los obispos ortodoxos, recomendables por su ciencia y santidad en el Oriente y Occidente, animándolos á que se armasen contra la sacrilega novedad, indicándoles la notable pérdida que ya se experimentaba en la fe católica por los adelantamientos de Arrio, protegido de Eusebio y otros prelados engañados con sus sofismas.

No es posible explicar lo que trabajó Alejandro para sepultar aquel monstruo del abismo, y precaver á los fieles del veneno con el antidoto oportuno. A su celo y continuas instancias debe la Iglesia el primero de sus concilios ecuménicos, ó generales, celebrado en la ciudad de Nicéa, al que asistieron 318 obispos, y donde fué condenado Arrio con su herejía y secuaces (1).

(1) Los mas ilustres Padres que asistieron á este concilio fueron, despues de san Alejandro, san Eustatio, patriarca de Antioquia; san Macario, de Jerusalem; Ceciliano, arzobispo de Cartago; san Pafnucio, de la alta Tebáida; san Potamon, de Haraclea sobre el Nilo; san Paulo, de Neocesarea; Santiago, de Nisiba, etc. El papa san Silvestre, no habiendo podido ir á causa de su mucha edad, envió legados que presidiesen el concilio en su nombre; estos fueron Viton ó Victor y Vicente, presbíteros de la Iglesia romana, y Osio, obispo de Córdoba en España, el cual gozaba de una grande consideración en la iglesia de Occidente, y era por otra parte muy estimado del emperador Constantino. *Ipse etiam Osius ex Hispanis nominis et famæ celebritate insignis, qui Silvestri episcopi maximæ Romæ locum obtinebat, una cum romanis presbyteris Vitone et Vincentio adfuit.* Estas son las palabras de Gelasio de Cízico. El mismo Osio presidió despues el concilio de Sárdica, que fué como un apéndice al de Nicéa; también asistió

Pero donde mas acreditó este eminentísimo prelado su fortaleza apostólica, fué en la justa resistencia al empeño del emperador Constantino, dirigido á que admitiese á la comunión á Arrio, bajo el concepto de su arrepentimiento, respondiendo á aquel principe, á quien tanto debió la Iglesia, que no podia hacerlo, porque la conversion de un hombre tan protervo era nacida del temor, no de sincero arrepentimiento; y que así, no era licito que los miembros vivos del cuerpo místico de Cristo comunicasen con los podridos é infectos, separados de la Iglesia con la formidable espada de la anatema.

Además de tan laudables empresas capaces de eternizar su memoria, se refiere en su elogio el haber suscitado en pro de la Iglesia un héroe cual san Atanasio, estimando por pronóstico de su virtud y mérito un suceso bien extraño. Habiendo concluido el santo la festividad de san Pedro Mártir en su iglesia, retirado á su palacio, vió desde él en las orillas del mar una multitud de niños, que en sus inocentes juegos imitaban muchas acciones misteriosas ejecutadas en el templo. Lleno de admiracion, mandó llamarlos, y examinándolos cuidadosamente, declararon con sencillez que fueron bautizados algunos de ellos por Atanasio, que se hizo obispo en los entretenimientos; y hallando satisfechos todos los ritos de la Iglesia en la administracion de aquel sacramento, mando no rebautizarlos (1).

al primer concilio nacional de España, el Iliberitano; por lo que fué llamado el Padre de los concilios y el martillo de los herejes. En su edad decrépita dicen que firmó una formula capciosa de los arrianos; pero muchos defienden de semejante tacha á esta brillante lumbrera de la Iglesia y lucidísimo ornamento de nuestra España.

J. B.

(1) Este hecho es mirado como una fábula por Hermant, Tillemont y otros muchos sabios críticos; no está fundado mas que en la autoridad de Rufino, autor poco exacto: y por otra parte no se

De este hecho singular tomó ocasion Alejandro para aconsejar á los padres de Atanasio que le dedicasen al servicio de la Iglesia, de modo que, educado como otro Samuel en el templo, le ordenó de sacerdote, le tuvo por su mayor privado, y fué el ministro mas fiel en sus continuas empresas contra Arrio y sus secuaces, manifestando en la hora de la muerte que convenia fuese su sucesor, por la grande utilidad que resultaria á la Iglesia de un prelado de su carácter, constante en la defensa de la fe católica, como lo acreditó en su vida.

Ultimamente, este héroe admirable, lleno de triunfos y merecimientos, falleció por los años 426, á los 5 meses despues del concilio niceno, habiendo gobernado su Iglesia por espacio de 16 años como un verdadero sucesor de los apóstoles, guerreando contra Arrio y secuaces de su impiedad hasta la muerte.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Perges en Panfilia, la fiesta de san Nestor, obispo, el cual, como no cesase de orar dia y noche para que Dios guardase su rebaño, en la persecucion de Decio, fué preso, y habiendo confesado el nombre del Señor con admirable libertad y santo gozo, fué cruelísimamente atormentado sobre el caballete por orden del presidente Polion; y protestando sin cesar que jamás se apartaria de Jesucristo, terminó sobre una cruz su martirio y su triunfo.

conforma bien con la cronologia de la historia de san Atanasio. El bautismo conferido por juego y sin intencion de hacer lo que hace la Iglesia, es nulo, y no podia aprobarlo san Alejandro, bien que pudiese san Atanasio haber tenido semejante intencion, y seguido todos los ritos esenciales del bautismo, en cuyo caso habria sido válido el bautismo, no obstante que se hubiese propuesto recrearse como fin secundario. Pero esta explicacion solo cabe darse, admitida la certeza del hecho.

J. B.

Allí mismo, los santos Papias, Diodoro, Conon y Claudiano, que fueron martirizados antes de san Nestor.

Además, los santos Fortunato, Félix y otros veinte y siete mártires.

En Alejandria, san Alejandro, obispo, anciano venerable, quien siguiendo las huellas de su predecesor san Pedro, arrojó de su iglesia á Arrio, uno de sus presbíteros, depravado con pestilencial herejía, y convencido por la divina verdad. Fué tambien del número de los trescientos diez y ocho padres que condenaron á este hombre perverso en el concilio de Nicéa.

En Bolonia, san Faustiniano, obispo, quien, con la eficacia de sus sermones, afirmó y acrecentó esta iglesia, afligida con la persecucion de Diocleciano.

En Gaza en Palestina, san Porfirio, obispo, quien en tiempo del emperador Arcadio derribó el ídolo y el templo de Marnas, y despues de muchos padecimientos, durmió en el Señor.

En Florencia, san Andrés, obispo y confesor.

En el territorio de Arcis, san Victor, confesor, cuyas alabanzas escribió san Bernardo.

*La misa es del comun de confesor pontifice, y la oracion la que sigue.*

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Porphirii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Suplicámoste, Señor, que oigas benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontifice Porfirio; y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad: Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del capítulo 7 de la de san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes, idcirco quod morte prohiberentur permanere; Jesus autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semelipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impolutus, segregatus à peccatoribus et excelsior cælis factus: Qui non habet necessitatem quotidianè, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedía permanecer. Pero Jesucristo, como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndose á sí mismo.

NOTA.

« El fin que san Pablo se proponia escribiendo á los » Hebreos, era persuadirles la inutilidad de sus sacrificios despues del nuevo Testamento, inspirándoles » al mismo tiempo unas máximas morales enteramente contrarias á su espíritu de carne y sangre. » Con esta idea se aplica á hacerles demostraciones, » con pruebas sacadas de las mismas escrituras, de » la divinidad de Jesucristo, de la excelencia y la